



Año XLVIII

Orihuela 1 Mayo de 1930

Num. 1113

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

## Ley de amor

Llevaba nuestro hombre un haz de leña cargado sobre sus espaldas, y al descender del monte por las escabrosidades del atajo, gruesas gotas de sudor bañaban su tostado rostro, que a la sazón reflejaba fielmente todo el cansancio y toda la fatiga de su cuerpo flaco y mal alimentado.

Todas las tardes, después de hora y media de mal camino, se le veía entrar al pueblo y recorrer las calles con el haz a cuestas; quedando estas a su paso perfumadas con el suave aroma que despedían las yerbas de la montaña.

Con gran paciencia iba de puerta en puerta, rogando que le comprasen su haz; y cuando después de dar vueltas y más vueltas podía venderlo por una peseta a alguna vecina, tras los consabidos regateos, se retiraba contento a su vivienda para comer y descansar tranquilamente hasta el amanecer del nuevo día.

Era el leñador un pobre feliz, de esos a quienes Nuestro buen Maestro y Salvador Jesús, llama a boca llena bienaventurados.

Por derecho propio estaba llamado a reinar con Cristo en el cielo, dada la cristiana vida que llevaba y la filial devoción que profesaba a la Virgen, a quien llamaba su Madre.....

\* \* \*

Pero como está escrito, que todo el que al cielo quiera entrar ha de llevar su cruz, nuestro pobre leñador tomó con gran resignación una enfermedad que recogió en la época de la siega, y

se dispuso, mediante ella, a entrar en los alcázares eternos.

Echado en tierra sobre un duro jergón de paja, sufría el pobre con invicta paciencia todos los trabajos de su larga enfermedad; mas aunque su vivienda parecía abandonada a los ojos del mundo, allí estaba la caridad, la hija del cielo, alentándole con su amorosa mirada y ofreciéndole todos los remedios y consuelos de la tierra.....

Y la caridad, era aquel médico anciano, que todas las tardes llegaba sudoroso a curarle con solicitud verdaderamente paternal.....

Y aquel sacerdote humilde y modesto que con palabras del cielo confortaba su espíritu y dejaba además debajo de la almohada la limosna oculta que abre las puertas del cielo.....

Y el rico caballero y la elegante dama de la Conferencia, que no se desdaban de entrar en su humilde tugurio y de conversar afectuosamente con él.....

\* \* \*

Pero aunque unos y otras eran de diferente estado y posición social, todos llevaban en su corazón escritas estas palabras: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

Palabras, que son la mitad del compendio de la Ley que Dios predicó desde la Cruz y que unen en estrecho lazo de amor a toda la humanidad.....

Y como el pobre enfermo que en el jergón estaba, veía practicada en él la doctrina de Jesucristo, creyó una vez más que eran una locura las predicaciones ateas del socialismo.

Y bendiciendo al Dios del Calvario que tales consuelos le proporcionaba en la tierra, espiró en paz, sin que el odio llegase a germinar en su corazón.....

Sin cruzar por su mente una idea de anárquico exterminio.....

Sin sentir remordimientos por haber hecho o deseado el mal a sus semejantes.....

J. Macía

## Nieta y Abuelo

La niña Amparo acababa de llegar del colegio, alegre como unas Pascuas y retozando como las brisas de Mayo retozan entre las flores.

Saltó a los brazos de su mamá, la cual, muy preocupada, estaba hablando con el médico, que salía de visitar al abuelito.

—No tenemos hombre para ocho días—dijo el médico.

—¡Virgen Santísima!—balbuceó la buena señora,—no consientas que muera impenitente.

Amparo, sin comprender las palabras de su madre y cubriéndola de besos, dijo:

—Mamá, vamos a rezar por el abuelito. La Hermana me lo ha encargado, y la Virgen que es muy buena, se lo llevará al cielo.

Madre e hija rezaron unas «Ave Marías». La primera quedó muy pensativa; la segunda se fué saltando y brincando a la habitación del anciano para darle los buenos días y distraerlo con su alegre charla.

—¡Dios mío!—dijo el abuelo:—  
¿cuándo saldré de esta cama?

—Usted no saldrá de ahí, abuelito,  
—dijo la chiquita con toda su inge-  
nuidad.

—¿Qué estás diciendo?

—El médico se lo acaba de decir a  
mamá.

—¿Como es eso?—exclamó el enfer-  
mo incorporándose.

—Sí, abuelito, sí: el médico le ha di-  
cho a mamá que debían darle a V.  
cuanto quisiera, «porque no tenemos  
hombre para ocho días». Con que, ya  
ve V. si será cierto.

—¡Pero morir, hija mía...!

—Pues qué, ¿tanta pena le da a us-  
ted morir?—dijo la imprudente  
criatura, secando blandamente las lá-  
grimas del enfermo y acariciándolo  
con sus manos angelicales.

—¡Si tú supieras cuán triste es mo-  
rir!

—¡Triste!—exclamó con asombro  
la niña—; va usted a ver a Dios sen-  
tado en el trono de su gloria. Lo juz-  
garán según sus méritos. Si siempre,  
como creo, ha sido usted un hombre  
bueno, irá al cielo a sentarse por toda  
la eternidad al lado de un Santo; si  
tiene algún pecadito, irá al purgatorio;  
pero no se dé usted pena por eso, por-  
que yo rezaré mucho y no dejaré de rezar  
hasta que la Virgen se lo haya lleva-  
do al cielo. ¡Pero si tiene V. algún pe-  
cadote muy grande, entonces será co-  
sa de ir al infierno eternamente, y eso  
sí que es un fastidio!

—Pero, chica, ¿quién te enseña esas  
cosas?

—Me las enseña la Hermana, y  
también dice que antes de morir con-  
viene recibir los santos Oleos.

—¿Qué es eso de los santos Oleos?

—¿No lo sabe V.? Pues se lo voy  
a decir, abuelito. Los santos Oleos  
son un Sacramento que ayuda a bien  
morir, y es un Cura quien los admi-  
nistra. ¿Usted va a decirle a mamá que  
llame a un Cura?

—Será verdad que estoy a la muer-  
te?—exclamó el anciano con espanto.

—Ya ve V.; cuando el médico lo ha  
dicho... Nada, nada abuelito; llame  
V. a un Cura; dígame todos sus peca-  
dos, desde los más gordos hasta los  
más chiquitines; arrepiéntase V., y el

señor Cura le dará la absolución, y  
todos le quedarán perdonados. Des-  
pués con aceite bendito le hará a V.  
unas cruces en las manos, en los pies,  
en los oídos, en los ojos, en las nari-  
ces y en la boca, rogándole a Dios  
que lo cure. Bien podría ser que el Se-  
ñor le curara a V.; pero si no lo cura,  
el sacerdote rogará para que se va-  
ya derecho, derecho al cielo... Ya  
ve V., abuelito, que es cosa de llamar  
al Sr. Cura.

Amparo, concluida su perorata, re-  
firió al enfermo cuanto ocurriera aque-  
lla mañana en el colegio, y cansada  
de hablar y de enredar se marchó, de-  
jándole muy pensativo.

Después de comer la chiquilla, el  
abuelo la mandó llamar y le dijo al  
oído:

—Dile a mamá que mande en segui-  
da por un sacerdote, porque el abueli-  
to quiere confesarse.

—¿De veras?—exclamó la niña sal-  
tando encima de la cama y abrazando  
al anciano—Mire V., yo le he rezado  
a la Virgen para que se le lleve al  
cielo. ¿Cómo no ha de haberme oído,  
si sabe que le quiero a V. tanto?

Momentos después la niña hablaba  
con su madre y le decía:

—Mamá, llame corriendo al señor  
Cura, porque el abuelito quiere con-  
fesarse.

—Chiquilla ¿qué me dices?—excla-  
mó sorprendida la buena señora.

—Que el abuelito sabe que se mue-  
re.

—Pero ¿quién se lo ha dicho?

—¿Quién? ¡Yo!—contestó la niña  
asombrada.

—¡Imprudente!

—Pero, mamá, si la Hermana nos  
dice que es mejor ir asustado al cielo,  
que no al infierno sin susto...

Unos días después el abuelito ago-  
nizaba oprimiendo con amorosa con-  
fianza un crucifijo sobre su corazón.

—Amparo, ¿donde estás?—pregun-  
tó con voz desmayada.

—Aquí estoy,—dijo la niña acer-  
cándose a la cama tomando la mano  
que le tendía el moribundo.

—Dios te bendecirá, hija mía, por  
el bien que has hecho al abuelito!

Tales fueron sus últimas palabras.  
Unos momentos después expiraba

en el Señor, y la niña, con su amable  
inocencia, decía:

—He rogado a la virgen que venga  
por el alma del abuelito, y la Virgen  
oye siempre las oraciones de las niñas  
que la quieren mucho.

## Los últimos momentos del General Primo de Rivera

UNA CARTA INTERESANTISIMA

Por los relatos de la Prensa supe-  
rimos que los Padres de la Misión Espa-  
ñola, habían tenido parte en la admi-  
nistración de los auxilios espirituales  
al general Primo de Rivera. Deseosos  
de conocer con exactitud y autoriza-  
damente la intervención de nuestros  
hermanos en aquel acontecimiento  
histórico, a ellos nos dirigimos solici-  
tando detalles de su actuación. He  
aquí la interesante comunicación que  
hemos recibido, y que trasladamos  
íntegra a las columnas de «El Iris de  
Paz», encierra noticias y circunstan-  
cias de gran interés, que no han sido  
divulgados por la Prensa:

*«Misión Española, 51 bis, Rue de  
la Pompe.*

*París, domingo, 23-930, a las 10:30  
de la mañana.*

*Rdo. P. Leocadio Lorenzo.*

*Muy amado Padre: Escribo a la  
misma hora casi en que hoy hace ocho  
días recibía el aviso telefónico y ur-  
gentísimo de una de las hijas del di-  
funto general Primo de Rivera (que  
santa gloria haya), por el que suplica-  
ba que fuese inmediatamente al Ho-  
tel Pont Royal, pues al volver de co-  
mulgar se habían encontrado con su  
papá en un estado tan grave y tan ex-  
traordinario que temían hasta por su  
vida...*

*Lo ocurrido en esa mañana.—Se-  
rían como las diez y media, cuando  
después de confesar a las dos hijas  
del difunto general y ofrecerles la Sa-  
grada Comunión, me indican que de-  
bían volver enseguida al lado de su  
papá, pues este al saludarlas por la  
mañana, les había dicho: «Id a misa  
pero no tardéis mucho en volver».*

*Obedientes a estas indicaciones  
comulgaron de mis manos y se dirigie-  
ron al hotel; minutos después se re-*

## CASOS Y COSAS

bia el aviso telefónico, al que obedecí al momento, tomando un taxi.

En el hotel.—Llegado al hotel fui introducido en la modesta habitación del general, y no debo ocultar la tris-tísima impresión que me produjo la vista del ilustre enfermo; creí que es-taba en sus últimos momentos y... mientras un doctor francés le ponía una inyección de aceite alcanforado, me acerqué a la cama y con voz emo-cionada le dije: «Mi general, arrepién-tase de sus pecados de toda su vida: yo, en nombre de Dios y de su mise-ricordia infinita, le voy a dar el per-dón de todos ellos...» y pronuncié la fórmula sacramental... y apliqué la indulgencia plenaria.

Una de las hijas con entereza y se-renidad cristiana, me dijo: «Padre, Padre, lo primero su alma, tráigale usted la extremaunción, que se salve su alma». De la Parroquia inmedia-ta, Santo Tomás de Aquino, traje los Santos Oleos con los que ungi al ge-neral, que parecía respirar aún.

La Muerte.—Momentos después y perdidas todas las esperanzas de reac-ción, el doctor me dijo: Mr. Labbé, tout est fini; convencidos los hijos de su muerte, se rezaron las preces litúr-gicas y los seis Padrenuestros de la Inmaculada, a propuesta mía. Des-pués... lo que vuestra reverencia pue-de suponer en un caso tan triste: las hijas me pidieron para el cadáver de su padre y como única mortaja el há-bito del Carmen; el M. R. P. Constan-tin, ex Provincial, prestó el suyo y así apareció a los ojos atónitos del público el cadáver de quien tuvo en sus manos, durante más de seis años, los destinos, las glorias y la grandeza de España.

Antes de despedirme de sus apena-das hijas, no pude menos de decirles: «En nombre de la Misión Española y de toda España, doy a ustedes el más sentido pésame, y pocas veces, en el curso de la Historia, se habrá podido decir con tanta razón, que hoy es un día de luto nacional». Lo demás lo sabe vuestra reverencia por el telégra-fo y la Prensa.

Suyo afectísimo s. s. y hermano in C. M.,

Emilio MARTIN, C. M. F.

Un escritor ha propuesto que en la gran plaza del Callao en Madrid se le-vante un monumento al rey que esta-bleció en esta ciudad la capitalidad de España.

¡Muy bien! ¡muy bien!

¿Qué cosa más natural el que Ma-drid muestre su agradecimiento levan-tando como recuerdo una estatua a quien lo sacó de la obscuridad y lo ele-vó de nivel e hizo convergir allí todas las arterias de la savia española?

Cuando ese rey estableció la capita-lidad de la nación en Madrid concu-rrieron allí miles y miles de operarios y artistas y políticos y comerciantes e industriales.

Las tranquilas y quietas calles del pueblo de las orillas del Manzanares se convirtieron en hormiguero huma-no.

¡Bien haya de Madrid ese Rey!

—Pero ¿quién, señores, es ese mag-nífico y madrileñísimo Rey?

—Felipe II.

—¡Ah! ¡Quién lo pensará!

¡Eso es harina de otro costal!

¡No queremos estatua!

¡A ese redentor madrileño que lo crucifiquen!

—¿Qué mal os ha hecho?

—¡Quita, quita! ¡Que lo crucifiquen!

No todos los madrileños hablan así; quizá la minoría protestante es un puñado de las zurdas...

Pero verán ustedes como la estatua no se levanta en la plaza del Callao.

A lo mejor ponen la de Unamu-no o la de cualquier otro Barrabás...

Menéndez Pelayo dijo que el Ate-neo de Madrid era un blasfemadero público.

Se murió el insigne escritor, pero el blasfemadero continúa en pie.

Además de blasfemadero es un centro político.

Labor política disolvente.

Pero con dinero del Estado.

El Ateneo está subvencionado por el Gobierno.

Sus carabinas revolucionarias están cargadas con pólvora del Estado.

Marañón ha querido explicar el

contrasentido y ha dicho que «el Ate-neo es la única cátedra libre del pen-samiento nacional. Hasta el auxilio material que le concede el Estado, se funda en el carácter de Sede de la li-berdad de pensamiento.»

Debiera decir en vez de libertad del pensamiento, libertad del mamporro, porque allí el que no piensa como ellos, sale con las narices chatas... o se tiene que callar como mudo.

La revolución india que comenzó por la peregrinación de la sal, va to-mando otro cariz.

Gandhi se ha cansado de repartir puñados de sal.

A sus oídos ha llegado una palabra inglesa: el «boicot» y ha preguntado ¿qué significa eso?

—Significa aislar al enemigo.

—¿Y como aislaremos nosotros a los ingleses?

—Pues no comprando nada en sus tiendas ni de sus géneros...

—¡Se acabó lo de sal! ¡Que nadie compre en adelante una mercancía a los ingleses! ¡Ni un hilo de sus tien-das!

Y ha comenzado la huelga de com-pradores.

Trescientos millones de indios en huelga de compras, son cosa respecta-ble.

A los ingleses se les va turbando la digestión.

El indio Gandhi va resultando para Inglaterra un pájaro de cuenta.

Hay que ver cómo accionan los ora-dores políticos y cómo gritan y ame-nazan y relampaguean y truenan... Sobre todo los novios de la república. ¿Será por los fervores de todo amo-río en sus comienzos?

¿Será, no por los amoríos a la re-pública, sino por la bilis almacenada en los pasados años de silencio?

Porque eso de que el republicanis-mo sea un sarampión de la gente jo-ven, no lo creemos; el sarampión le ha entrado a los viejos caciques que al verse confirmados en el destierro han renegado de su fe, o hacen como reniegan a ver si los llaman.

¡Se les pasará! ¡se les pasará!

Son pocos y mal avenidos. Si hacen mucho ruido es porque gritan todos a la vez y con una constancia envidiable.

A. Hernán.

## Habla un obrero ruso

Va a hablarnos un obrero que trabajó en la fábrica de tabaco «Asmolv», llamada después «Rosa Luxemburgo»: Gano 58 rublos (unas 180 pesetas) mensuales; pero, cuando voy a cobrar, me presentan una extensa lista que reduce muchísimo mi jornal, pues me obligan a contribuir con un buen tanto por ciento a la Unión profesional; pagar medio rublo para el «Aviokhim», sociedad para desarrollar y consolidar la defensa química y aérea de la U. R. S. S. Además, me quitan 40 kopeks para el «Mopr», socorro rojo internacional; otro tanto para los huelguistas ingleses; lo mismo para el sosten del comité de las fábricas, etc., etc. En total, el jornal que me queda después de todas estas sangrías viene a ser de unos 40 rublos.

Si intento protestar y les digo que nada tengo que ver con el «Aviokhim» y con los huelguistas extranjeros, me despachan de la fábrica, que es lo mismo que dejarme sin pan y sin vestido, y me pondrían preso.

Esto les pasó a tres compañeros míos, les despidieron y la célula comunista de la fábrica que es la institución más autócrata, se negó por completo a darles trabajo.

Y no hay otro remedio que callar y contentarse con los 40 rublos supervivientes. Con esto nada se puede comprar. Los precios se han triplicado y a menudo quintuplicado.

Antes de que llegaran los comunistas al poder, ganaba yo 65 rublos y cobraba hasta el último céntimo. Era la edad de oro. Una libra de pan blanco costaba 3 kopeks, hoy cuesta 10 y 11, y el pan negro, 6. La manteca, que entonces se pagaba a 20 kopeks la libra, hoy cuesta un rublo. El coste de los vestidos está por las nubes.

Entonces, ¿cómo puedo vivir con solo 40 rublos de sueldo? No hay vida más endemoniada que la que llevamos

los obreros en Rusia. ¡Que se vaya a paseo este insoportable poder obrero, bajo el cual está agonizando el obrero ruso! ¡Y aún se atreven a decir los comunistas que trabajan para el obrero!

Cuando empezó la revolución, por que nos necesitaban, nos prometían y decían: «Todo será para vosotros; viviréis en los palacios de los burgueses». ¡Ya se ha visto! ¡Vaya palacios que tenemos hoy! Antes de la revolución pagaba por mi habitación diez rublos mensuales; hoy pago ocho rublos, pero además me exigen 5, 6 y aun 10 rublos para el agua, y para la canalización, o sea que me resulta dos veces más cara que antes.

## El testamento de Merry del Val

Merry del Val, el gran Cardenal español, Secretario que fué del santo Pío X, ha dejado a su muerte todos sus bienes a los pobres y a las misiones.

He aquí los dos herederos de Merry del Val: los pobres y los infieles.

Eso es generosidad sin fronteras.

Son herederos del Cardenal los pobres bautizados y los pobres no bautizados, es decir, todos los pobres: el pueblo, el verdadero pueblo.

## Variedades

### Los pobres

Una palabra sobre los corazones helados por la pobreza.

Sin duda conocerás aquella copla:

El hombre que nace pobre

Con el frío es comparado:

Todos le huyen el cuerpo

No les pegue un resfriado

Una observación continua ha podido comprobar la exactitud de este principio:

«Las amistades de los hombres están en relación directa con el producto que reportan.»

—Y ¿qué puede dar la amistad de un pobre?

Es lo cierto que alrededor de los pobres hay pocos amigos y que por consiguiente, en torno de sus corazones hace frío.

Y ¿cómo quitárselo?

—Con dinero y con cariño.

El dinero quita el frío del cuerpo: el cariño, el del alma.—*El Arcipreste de Huelvo.*

En Mallorca ha fallecido D. Francisco Antich e Izaguirre, suscriptor entusiasta y antiguo de La Lectura Popular.

Rogad a Dios por su alma.

Lea V. La Lectura Popular. Dela a leer.

Llévela a un buzón de la Buena Prensa o de La Legión Católica o de otra institución de propaganda.

# OBRAS

DE

## D. Adolfo Clavara

EDICION COMPLETA

NUEVAMENTE ILUSTRADA

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot. 3—Orihuela.

## La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número o sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos fábricas, escuelas establecimientos y otros centros.

### Precio de suscripción directa

Una acción.....	4	pesetas mensuales.
Media id.....	2	»
Un cuarto id..	1	»
Un octavo id..	0'50	»

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de «La Lectura Popular», Bellot 3, Orihuela, (Alicante).

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.